

La supervivencia en el siglo XXI

Rivera Martell, David

1994

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/4492>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LA SUPERVIVENCIA EN EL SIGLO XXI

DAVID RIVERA MARTELL*

A lo largo de toda su historia, el ser humano (al igual que todas las criaturas vivientes del mundo), ha buscado diferentes estrategias de supervivencia.

Con la llegada de la revolución industrial, hacia finales del siglo XVIII, se hizo evidente que el hombre había rebasado la etapa agrícola, encontrándose finalmente en el umbral de una nueva actividad económica. Como es bien sabido esta nueva actividad económica, no sólo cambió los hábitos de trabajo y el *modus vivendi* del ser humano, sino que también tuvo enormes trascendencias en los ámbitos social, económico, científico y cultural del mismo.

El desarrollo desigual de las diferentes regiones del mundo hizo que este cambio que algunas naciones asimilaron desde principios del siglo XIX, tuviera efectos en otras hasta después de la segunda guerra mundial, cuando las grandes masas de población empezaron a abandonar el campo y a emigrar a las ciudades en busca de oportunidades de empleo. Para finales de la década de los sesenta podría decirse que se perfilaba, con cierta precisión, qué áreas del mundo ya estaban comprometidas con los factores de producción como medio de subsistencia y bienestar o al menos estaban empeñadas en hacer de la actividad industrial la clave que les permitiera sobrevivir con el decoro y la dignidad humanos a que todo ser racional tiene derecho.

Este desarrollo industrial masivo, aunque desigual en los aspectos cuantitativos y cualitativos, de una porción considerable del planeta, trajo consigo una carrera en pos de la captura de mercados, donde muy pronto se pudo apreciar que una participación mayor de los mismos sólo les correspondería a aquellos grupos o sectores que ofrecieran productos más atractivos en términos de calidad, precio y servicio.

Desde entonces se ha hecho evidente para todas aquellas naciones que incursionaron de una u otra manera en el modelo industrial "moderno", que el éxito en la lucha por la supervivencia radica en la capacidad

* UIA-Golfo Centro.

de crear y producir en gran escala artículos y servicios que satisfagan normas internacionales de calidad.

La aseveración anterior, aunque parece que puede expresarse de una manera muy simple, esconde tras de sí toda una filosofía de convencimiento para el cambio y compromiso hacia la excelencia, las cuales deben irse creando e imbuyendo en la sociedad paralelamente al desarrollo y manufactura de cualquier bien o servicio. Lo más fascinante y complejo de este compromiso para la excelencia es que requiere de un proceso de depuración donde cada sociedad debe rescatar los auténticos valores que posee y desechar o esforzarse por minimizar aquellos vicios y malos hábitos de su cultura que le impiden o dificultan el ser excelente.

Alrededor del movimiento de calidad, han surgido, particularmente en las últimas cuatro décadas, especialistas o "gurús", algunos de los cuales, con celo evangelizador, van predicando las virtudes de los sistemas, métodos o filosofías por ellos desarrollados. No obstante que los resultados obtenidos por estos especialistas han sido en ocasiones impresionantes, los "gurús" se ubican *grosso modo* en dos diferentes corrientes, pudiendo algunos llamarse técnicos de la calidad y otros mercadólogos de la misma, siendo parte del mérito de estos últimos el haber logrado sensibilizar o motivar a la sociedad encauzándola hacia la búsqueda de esta excelencia.

Ahora bien; ¿qué es lo que necesita nuestro país para poder colocarse dentro de ese marco de competitividad y excelencia donde los altos estándares de calidad de nuestros productos y servicios nos permitan ingresar con facilidad y mantenernos en los mercados internacionales? ¿Qué estrategia o conjunto de estrategias nos pueden garantizar la creación de empleos perdurables que permitan alcanzar el bienestar social de país de primer mundo que todos anhelamos?

Algunos de esos pasos ya han sido dados v.gr. la reconversión industrial, la privatización, el convencimiento de que las empresas subsidiadas por falta de competitividad se convertirán a la larga en un lastre que afecta la economía y contribuye a la generación de pobreza; todos éstos han sido pasos positivos para convertirnos en una organización productiva y eficiente.

Sin embargo, en el factor educativo dirigido hacia la comprensión de lo que es calidad y el alcance exhaustivo de la misma queda mucho por hacer. Las economías asiáticas que por su alta competitividad y la calidad de sus productos están asombrando al mundo en fechas recientes, no han llegado a esos niveles, exclusivamente por una aglutinación de factores técnicos y macroeconómicos. En su organización interna, la preocupación por la educación integral, la exaltación de valores, el rescate y realce de todas aquellas características positivas de su cultura, han jugado y continúan jugando un papel muy importante en el logro de la excelencia tan

mencionada. Muchas de las técnicas de calidad que han estado de moda en la última década, tales como los Círculos de Calidad, la Función de Despliegue de Calidad o la Reingeniería, aunque tienen el mérito de haber creado o reunido habilidades y técnicas brillantes, en realidad dependen en gran parte de la actitud positiva y de la disposición e interés del elemento humano para la consecución de sus fines.

Con lo anterior no pretendo decir que la calidad y la efectividad gravitan exclusivamente en la motivación; de ninguna manera. La disposición y la buena voluntad humanas no se logran manipulando y engañando al individuo como algunas asociaciones y empresas suelen hacer. Los grandes motivadores y líderes del mundo empresarial y político, cuando no tienen valores y soluciones concretas que ofrecer detrás de su verborrea, originan lo que en México hemos dado en llamar "llamarada de petate". Una ilusión o hechizo inicial que promete grandes logros, seguida de un desencanto igualmente efímero.

La motivación siempre ha sido y será un elemento indispensable en la consecución de la excelencia, sin embargo esta motivación tiene que darse en paralelo junto con las técnicas y metodologías "de punta" o "estado del arte" que continuamente se diseñan e implementan para administrar la calidad.

Lo novedoso de esta unión de la motivación con las técnicas de calidad es que éstas no funcionarán a plenitud —especialmente en nuestro país— si no van acompañadas de un interés genuino por la búsqueda y el rescate de algunos valores esenciales intrínsecos al ser humano. El hablar de valores nos introduce al terreno filosófico y resulta difícil y subjetivo definir cuáles de todos los valores con que se puede engalanar al ser humano son vitales para el logro de la excelencia y la calidad. Con riesgo de omitir algunos y darle demasiado realce a otros, me atrevería a decir que ciertos valores tales como la veracidad, la honestidad, el interés genuino por el bienestar del ser humano y el reconocimiento del trabajo como una actividad dignificante y respetable son elementos básicos en nuestra estrategia de calidad hacia el futuro.

El tratar de ahondar en el método sobre cómo rescatar y realzar los valores antes mencionados, nos puede hacer caer en profundas reflexiones sociales e históricas y en controversias que van más allá del alcance de este ensayo; no obstante puede decirse que en lo referente a cómo fortalecer el "factor educativo" con miras hacia la calidad total hemos hecho muy poco.

Nuestro país precisa de un cambio radical y profundo en su sistema educativo —a todos los niveles de escolaridad—, donde se dignifique al ser humano y se le tome en cuenta como piedra angular de todo proceso productivo. Igualmente, este programa educativo debe incluir elementos interdisciplinarios sabiamente balanceados, que hagan valer y respetar la veracidad y la honestidad, valores tan poco apreciados actualmente en

nuestro medio social. Finalmente y como punto más importante de la tesis que estoy planteando, se debe conceder al trabajo honesto, fecundo y creador todo el valor que algunas de las sociedades más admirables del mundo le han dado en sus momentos de grandeza. En nuestro país es muy frecuente encontrarse criterios que consideran al trabajo como un castigo o un mal del cual hay que librarse a la mayor brevedad posible; otras pautas sugieren el más rápido enriquecimiento posible sin tomar en cuenta la creatividad, rectitud o moderación con que esta riqueza fue creada, especialmente cuando la acumulación de la misma implica la destrucción gradual o acelerada de sistemas pertenecientes al ser humano o a su hábitat.

La competitividad que nos lleve a la supervivencia en el siglo XXI no se logrará con el solo ajuste de modelos macroeconómicos; es preciso el desarrollo y la implementación de modelos educacionales que restituyan y le den esplendor al ser humano en los aspectos antes afirmados. Recordemos que la "calidad de vida" es uno de los pilares donde descansa la filosofía de "Calidad Total."